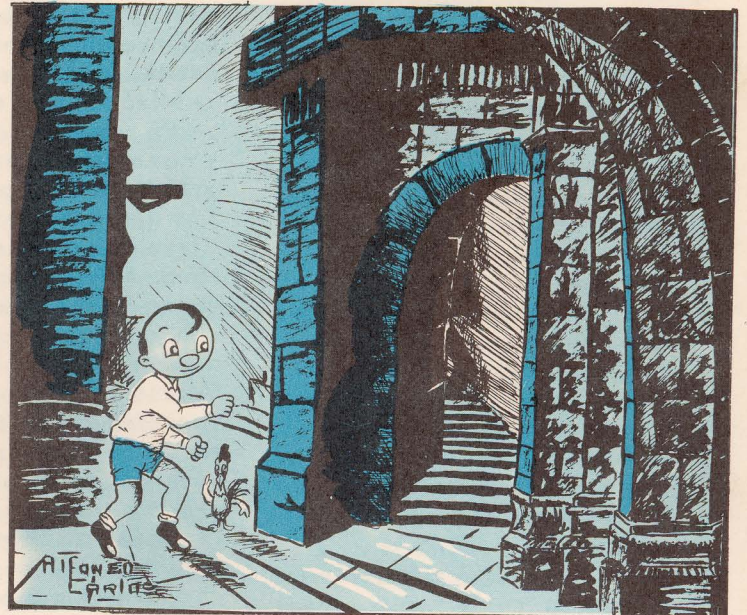


CAZAR QUROMIANDO

Por Carlos Guillermo Domínguez



páginas
infantiles



.- Parece que va haber tormenta, Pascual. Fíjate en esas nubes negras que vienen hacia el pueblo. Diciendo esto, Gorrión acarició la cabeza de Pascual mientras sus ojos seguían fijos en las nubes que, como una negra mancha de aceite, se extendían por el cielo.

La tarde se volvía noche rápidamente. A poco, fugaces claridades iluminaron el firmamento mientras el ruido del trueno se hacía oír; las hojas del árbol bajo el que se cobijaban parecieron licuarse y mil goterones empezaron a caer empapando generosamente la parda tierra de la que se desprendía un vaho caliente.

.- No me gusta esto, Pascual. Es mejor que vayamos hacia el pueblo y busquemos un sitio donde guarecernos.

Las palabras de Gorrión eran más pensamientos que sonidos, pues éstos se habían convertido en exclusiva de los truenos y de las gruesas gotas que estallaban contra los árboles, las peñas y el suelo.

Gorrión cogió a Pascual y metiéndoselo entre la camisa y el cuerpo echó a correr mientras el gallo asomaba su roja cresta por un roto de la tela y sus negros ojillos miraban curiosos los pequeños surtidores que los pies del niño levantaban en los charcos. Pero tuvo que entornarlos una y otra vez, pues la lluvia, cada vez más fuerte, le

obligaba a ello.

Cuando Gorrión llegó al pueblo estaba completamente empapado. La camisa se le pegaba al cuerpo como una segunda y rezurcida piel y los pantalones, brillanteés a fuerza de agua, amenazaban romper los precarios tirantes que los sostenían.

Jadeante se detuvo ante una de las primeras casas y llamó fuertemente en la puerta. Al no recibir respuesta insistió con más energía. Poco después, una voz femenina sonó en el interior.

.- ¿Quién es?

.- Soy yo, Gorrión.

La puerta continuó cerrada. Otra voz, áspera, de hombre, se oyó en el interior.

.- ¿Quién es, Manuela?

.- El chico a quien llaman Gorrión. Un reniego y de nuevo la voz del hombre.

.- ¿Y qué quiere?

Gorrión, relamiéndose los labios por los que escurrían las gotas de lluvia, oía anhelante el diálogo. Las últimas palabras del hombre le hicieron golpear de nuevo la puerta y gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

.- Lo que quiero es que me abran para no mojarme.

.- ¿Qué dice, Manuela?

.- Que quiere entrar para no mojarse.

Otro reniego y pesados pasos que se acercaban.

.- Le voy a contar a ese...

¡Entrar dice!

Se abrió la puerta y bajo ella se enmarcó la recia figura del tío Antón, el de la Peñuela.

.- ¡Fuera de aquí!

Gorrión alzó la cabeza para mirar mejor al hombre.

.- Está lloviendo mucho, señor Antón. Déjeme entrar un rato.

Pascual y yo no les molestaremos. :- Vete a otro lado.

.- Pero, señor Antón...

.- ¡He dicho que fuera!

Los ojos de Gorrión hicieron de espejo a la luz de un relámpago.

.- ¡Mire a sus pies, señor Antón. El hombre miró hacia abajo.

.- ¿El qué? No veo nada.

.- ¡Ahí, señor Antón, ahí. Parece una moneda... ¿Es suya?

.- ¿Una moneda dices? ¡Pues claro que es mía!

Antón, el de la Peñuela, se agachó y tanteó entre los charcos formados frente a la puerta. El niño le miró un momento, luego levantó uno de sus pies y golpeó fuertemente en un charco. Un montón de barro cubrió la cara de Antón que se levantó renegando.

.- ¡Bandido!. ¡Te voy a dar...!

Cuando el hombre se alzó quitándose el barro de la cara, la figura de Gorrión se perdía calle abajo.

Corrió el chiquillo durante unos minutos hasta llegar a la plaza.

Se detuvo bajo un árbol respirando entrecortadamente.

.- Si nos coge el señor Antón, ¿eh, Pascual? ¿Qué trabajo le costaba habernos dejado entrar en su casa mientras paraba la lluvia? Oye, ¿y si fuésemos a la iglesia? Seguro que estará abierta y podremos guarecernos en ella.

Diciendo esto se lanzó a cruzar la plaza saltando con agilidad por entre los charcos. Momentos después llegaba ante la pequeña iglesia y con un suspiro de alivio comprobó que estaba abierta.

.- Menos mal, ahora no nos mojaremos.

El chico se quitó de un manotazo el agua que le corría por la cara y entró en el templo. Por unos momentos permaneció inmóvil ante los primeros bancos. El sonido de la lluvia llegaba ahora débil y se mezclaba con el chisporrotear de las lámparas encendidas ante los altares.

El gallo se revolvió y Gorrión lo sacó de su precario refugio bajo la camisa poniéndolo en el suelo. Pascual abrió las alas y se sacudió con fuerza.

.- Ssss.- le ordenó el muchachito.- No armes ruido que estamos en la casa de Dios. Anda, vamos a rezar un momento. Tenemos que dar gracias al Señor por habernos dejado su casa abierta para que no nos mojásemos.

Se acercó al altar mayor y se puso de rodillas. Tras él el gallo permaneció quieto, como dándose cuenta de la solemnidad del momento. Luego ladeó la cabeza intentando captar las palabras que brotaban de los labios del chiquillo.

.- Pascual y yo te damos gracias, Señor, por habernos permitido entrar en la iglesia para no mojarnos. También quiero pedirte perdón por lo que hice al señor Antón. Creo que no estuvo bien. Y ahora si me perdonas deja que Pascual y yo estemos aquí hasta que pare de llover.

Amén, amén y amén. En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Gorrión se levantó y se dirigió al gallo que seguía contemplándole con la cabeza ladeada.

.- El Señor nos deja quedarnos, ¿sabes? Así es que pórtate bien. El muchachito empezó a curiosear entre los altares cuando, de pronto, vio surgir de uno de ellos

una sombra que rápidamente desapareció tras una puertecilla.

.- ¿Has visto, Pascual? ¿Quién será?

Cuando llegaron al lugar de donde había salido la sombra, Gorrión vio una hornacina vacía.

.- Fíjate, Pascual, aquí no hay santo alguno. Seguro que la sombra que vimos era el santo que estaba aquí. Pero, ¿por qué?

.- Miró al gallo acusadoramente.

.- Seguramente te vio de lejos y como tienes esa cresta tan grande te tomó por un diablo. Por eso salió corriendo.

Claro que los santos no deben temer a los diablos. Pero a lo mejor éste era un santo chiquitito y por eso se asustó. Vamos a buscarlo.

Gorrión abrió la puerta y se encontró en una pequeña habitación de la que partía una escalera de caracol.

.- Esta escalera es la que va al campanario. Seguro que el santito ha subido para tocar las campanas y avisar a las gentes del pueblo de que ha visto un diablo. Vamos a decirle que tú no eres un diablo sino un gallo. De tres en tres empezó a subir los escalones mientras Pascual revoloteaba chillando tras él.

.- ¡Eh, santo, escúchame! No toques las campanas que Pascual no es un diablo. ¿Me oyes, santo? Cuando llegó al campanario sintió en la cara el aire tibio cargado de olor a tierra mojada. Había parado de llover y la luna aparecía de vez en cuando por entre las nubes que pasaban veloces.

.- ¿Dónde estás, santo? No tengas miedo que somos Pascual y yo.

Acurrucada en uno de los rincones de la torre descubrió una sombra y se acercó a ella.

.- Buenas noches, santo. Siento que te hayas asustado, pero no es un diablo lo que has visto, sino a mi gallo Pascual. Lo que pasa es que tiene una cresta muy grande ¿sabes? -Al no recibir

respuesta continuó: Nosotros nos vamos ahora mismo pues ya ha dejado de llover. Puedes volver a tu sitio.

La sombra se movió y se alzó ante Gorrión que tuvo que levantar la cabeza para vislumbrar a la escasa luz de la luna un hombre alto y de espesa barba.

.- ¿Quién eres?

La voz era grave y profunda, pero tenía un agradable tono. Acento de santo, pensó Gorrión mientras contestaba.

.- Ya te lo dije. Este es mi gallo Pascual y yo soy Gorrión.

.- ¿Y qué haces aquí?

.- Estaba lloviendo mucho y entramos. Y dime, ¿tú que santo eres?

.- Yo no soy...

.- Ni san Pedro ni san Juan, ya lo sé -le interrumpió el chico.- Por eso te pregunto quién eres.

.- Pues verás... Oye, ¿sabes que tienes un gallo muy lindo? Un trueno lejano apagó algo las palabras y Gorrión las interpretó a su manera.

.- ¿Hás dicho Guromindo? Pues es un nombre muy bonito. Yo no lo había oído nunca.

De nuevo sonó la voz grave y profunda del hombre.

.- Bajemos, pequeño. No vamos a estarnos aquí toda la noche.

.- Dame la mano. Nunca me ha dado la mano un santo.

Gorrión tendió su mano y el hombre, tras una corta vacilación, la cogió entre una de las suyas. Así bajaron hasta la iglesia mientras Pascual cacareaba un poco molesto al ver que su dueño no le hacía caso.

.- ¿Y ahora qué vas a hacer, san Guromindo?

.- Pues he de irme.

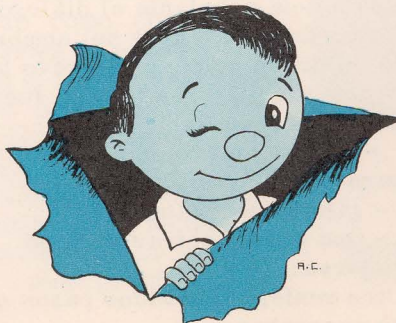
.- ¿Volverás?

.- No lo sé, pequeño. Es muy posible que no nos volvamos a ver.

.- Revolvió el pelo del muchacho y seguidamente salió de la iglesia sin volver la cabeza.

Aquella noche soñó Gorrión que iba al cielo y que san Guromindo, vestido con una resplandeciente túnica, le recibía y luego le llevaba de la mano enseñándole cosas maravillosas. Al fin entraron en una estancia llena de luz... Y entonces se despertó mientras un rayo de sol que penetraba por la ventana le daba en los ojos.

Después de desayunar y haber dado a Pascual un buen puñado de maíz, el chico salió con su gallo y se encaminó a su lugar



favorito junto al viejo peral. Allí, apoyado en el tronco, y mientras Pascual se dedicaba a la busca de lombrices, estuvo viendo pasar las nubes. Las había de tonos grises y blancos de las formas más extrañas. Mirándolas pensó el chiquillo si por entre ellas estaría san Guromindo y si desde allá arriba le vería a él. En aquel momento unas voces le sacaron de sus pensamientos. Venían del camino y eran voces de hombre. Se puso en pie para ver de quiénes se trataba y con gran estupor contempló a san Guromindo y al señor Antón, el de la Peñuela. Uno de ellos gritaba amenazador y el otro suplicaba. Pero con gran sorpresa del chiquillo, el que amenazaba era san Guromindo, y el que suplicaba el tío Antón, el orgulloso y rico propietario de la Peñuela, la finca más grande del contorno.

.- No discuta .- decía en aquel momento san Guromindo con la barba encrespada y los ojos relucientes .- Déme todo lo que lleva.

.- Tenga usted piedad de mí .- lloriqueó el señor Antón.- Soy un pobre labriego que tiene que trabajar de sol a sol para ir malviviendo. Además no llevo nada de valor encima.

.- Mejor para usted si no tiene nada de valor.- replicó san Guromindo.

.- Déjeme ir. Le aseguro que no tengo nada que valga la pena.

.- Déme la cartera y pronto. Tengo muy poca paciencia y ya me la ha agotado.

Gorrión vio cómo el tío Antón sacaba con lentitud una abultada cartera y se la entregaba.

.- Se arrepentirá de esto, ya lo verá. Se arrepentirá.

San Guromindo rio.

.- No se preocupe de mi arrepentimiento y salga corriendo.

¡Vamos, que yo le vea correr! Sin esperar a más, el tío Antón salió disparado en dirección al pueblo mientras el otro reía con ganas.

Cuando el de la Peñuela desapareció en un recodo del camino, san Guromindo, después de mirar el contenido de la cartera, se la guardó y echó a andar en dirección contraria.

.- ¡Eh, santo! .- gritó Gorrión corriendo tras él seguido por Pascual que tragaba a toda prisa una lombriz.

El hombre se detuvo.

.- ¿Cómo? ¿Eres tú?

.- Sí, soy yo. ¿Qué haces aquí, san Guromindo?

El hombre sonrió desapareciendo de su rostro la terrible expresión que tenía.

.- Lo mismo podría preguntarte yo a ti,

.- Yo vine a ver las nubes.

.- Y viste también cómo ese hombre me daba la cartera, ¿no? Gorrión movió la cabeza.

.- No te la dio, santo, tú se la quitaste.

.- Para el caso es lo mismo. El resultado es que yo tengo su cartera. Y que la llevaba bien repleta el condenado. Fíjate .

.- diciendo esto extrajo la cartera y exhibió su contenido ante los asombrados ojos del chiquillo.

.- ¡Cuántos billetes! Exclamó éste admirado .- ¿Y valen mucho? ¿Un millón?

.- No tanto .- rio el hombre .-

.- Pero puedo asegurarte que hay por lo menos treinta mil pesetas. Y mira, para que no guardes mal recuerdo mío, toma .- Diciendo esto tendió al chico varios billetes .- Con ellos puedes comprar muchas cosas bonitas.

Gorrión tendió la mano pero la retiró con rapidez antes de tocar los billetes.

.- No los quiero, san Guromindo. Me parece que eso no está bien.

.- ¿Por qué no? Ese hombre no parecía buena persona. Debe de ser un avaro.

.- Pero aunque sea malo no se le debe quitar lo que es suyo.

El hombre se encogió de hombros y guardó la cartera en la chaqueta.

.- Como quieras. Tú te lo pierdes.

.- Déme, san Guromindo, ¿haces esto para probarme?

.- Para probarte ¿qué?

.- Para saber si soy bueno o malo.

La barba se estremeció con la risa del hombre.

.- No, pequeño. Estoy seguro de que tú eres eso que llaman bueno. Y dime una cosa Gorrión. Me dijiste que te llamabas Gorrión, ¿no es así?

.- Todos me conocen por ese nombre. Como dicen que siempre estoy picoteando aquí y allá y que no paro en ningún sitio...

.- Pues bien, Gorrión. ¿Sabes tú de algún sitio por aquí donde pueda descansar sin que nadie me moleste?

.- Después de aquellos árboles hay unas cuevas a las que yo voy muchas veces a jugar. Los mayo-

res no van nunca por allí.

.- Pues nosotros iremos ahora, ¿te parece?

.- Como quieras, san Guromindo. El hombre y el niño se pusieron en camino.

.- Dime, san Guromindo, ¿cuándo vuelves a la iglesia?

.- ¿A la iglesia?

.- Sí, ¿no estabas allí anoche? Bueno, a lo mejor a donde tienes que volver es al cielo.

El hombre murmuró algo que no se entendió.

.- Te dieron permiso para venir a la tierra, ¿verdad?

Un nuevo murmullo fue la respuesta.

.- ¿Tú eres un santo antiguo o moderno?

.- Ni antiguo ni moderno, Gorrión.

.- Ya, eres de la Edad Media. De nuevo rio el hombre.

.- Eres un buen chico y voy a sentir mucho tener que separarme de ti.

.- Y yo también, san Guromindo. Mira, ésas son las cuevas que te dije. Aquélla de allí es estupenda. Momentos después entraban en una amplia cueva.

.- Es cierto, Gorrión, es estupenda. Mira, yo voy a descansar un poco y si no te importa te quedas ahí fuera y me avisas si viene alguien.

.- ¿Vas a dormir?

.- Sí, pero sólo un ratito. Estoy muy cansado y me queda aún mucho camino. ¿Harás lo que te digo?

.- Sí, duerme tranquilo que Pascual y yo te avisaremos si viene gente.

El hombre se despojó de la chaqueta y los zapatos y se tendió en un montón de hojas, mientras Gorrión se sentaba con el gallo en brazos a la puerta de la cueva. No tardaron en oírse los suaves ronquidos de san Guromindo que se había quedado dormido nada más tenderse.

.- Se ha dormido .- comentó el chico .- Yo no sabía que los santos durmieran. Ni tú tampoco ¿verdad, Pascual? Fíjate, ronca y todo. Cada día se aprende algo nuevo. Lo que me preocupa es lo de la cartera. ¿Por qué se la habrá quitado al señor Antón? Estoy seguro que habrá sido por algo, pero no adivino el motivo. ¿Tú no crees que a lo mejor lo hizo para darle una lección? Es posible que sí y que luego piense devolvérsela. Claro que dormido no puede hacerlo, y a lo peor el señor Antón va diciendo por el

pueblo que san Guromindo es un ladrón. El no puede sospechar que lo hizo sólo para asustarlo. Escucha una cosa Pascual: Voy a coger la cartera y llevársela al señor Antón. Tú mientras cuidas de san Guromindo. Diciendo esto, Gorrión se acercó a la chaqueta, sacó la cartera y, después de recomendar nuevamente al gallo que vigilase bien, salió a la carrera en dirección al pueblo. El señor Antón estaba a la puerta de su casa hablando con su mujer cuando vio llegar a Gorrión.

.- ¡Señor Antón, señor Antón!

.- ¿Cómo te atreves después de la que me hiciste anoche...?

.- Perdóneme. Yo ya le pedí perdón al Señor. Pero mire lo que le traigo.

.- ¡Mi cartera!

El ricacho cogió la cartera y abriéndola contó rápidamente el dinero que contenía.

.- Está completo, no falta nada.

.- Se encaró con el chico. - ¿De dónde la has sacado? ¿Te la encontraste? ¿Cómo sabías que era mía? Gorrión tragó saliva.

.- Verá usted: San Guromindo me la dio... Bueno, mejor dicho, san Guromindo quería devolvérsela pero yo la traje.

.- ¿Qué historia es ésa de santos?

.- La cartera se la quitó san Guromindo para que usted aprendiese a ser más generoso. El se la iba a devolver después, pero yo lo hice para que él no se molestase.

El señor Antón miró inquisidoramente al muchacho.

.- No entiendo una palabra de lo que me dices.

.- Pero ya tiene su cartera que es lo importante.

.- Tienes razón. Y dime una cosa. ¿Por qué no te has quedado con ella?

.- Porque eso no está bien. Ese dinero es suyo y por eso se lo he traído. Si me quedo con él hubiese robado y yo no soy un ladrón. Y ahora adiós, me voy corriendo a buscar a san Guromindo. Y sin atender a lo que el señor Antón quería decirle, Gorrión salió corriendo.

Cuando iba por el camino en dirección a la cueva vio venir a dos guardias civiles que traían entre ellos a san Guromindo. Tras ellos, cacareando y moviendo las alas, venía Pascual. El chico de una carrera se puso a su lado.

.- ¿Qué ha pasado, san Guromin-

do?

.- Ya lo ves, hijo. Estos guardias me han detenido por haber robado una cartera. Pero lo cierto es que yo no tengo esa cartera. - Miró a los ojos del muchacho y repitió. - Yo no tengo esa cartera.

.- No hables más que ya estamos llegando al pueblo. - dijo uno de los guardias. - El que te denunció dirá si fuiste tú o fue otro el que le asaltó en el camino.

.- Un momento, guardia. - intervino Gorrión. - Ustedes están equivocados. El no es un ladrón, es un santo.

Los guardias rieron.

.- Puede que no sea un ladrón, pero de eso a ser un santo va una gran diferencia.

.- Les aseguro que es verdad lo que digo. Yo le conocí anoche en la iglesia y...

.- Bueno, pequeño. - cortó uno de los civiles. - Ya nos contarás eso luego.

Ahora espera a que hablemos con el que denunció el robo.

El dueño de la Peñuela seguía en la puerta de su casa cuando llegó el grupo. Los guardias saludaron y uno de ellos se dirigió al señor Antón.

.- Encontramos a este hombre durmiendo en una cueva. Nos pareció sospechoso y por eso le hemos traído. ¿Es él el que le robó?

El ricacho asintió.

.- Sí es él, no me cabe duda.

El guardia miró a Guromindo.

.- Ya ves que te han reconocido. Vamos.

Gorrión se puso delante.

.- ¿A dónde le llevan?

.- A la cárcel. Es un ladrón.

.- No lo es. Es un santo. - se volvió al señor Antón. - Usted sabe que es un santo, le devolvió la cartera.

.- ¿Qué dice este muchacho de la cartera? - preguntó uno de los civiles. - El me la devolvió, guardia. - aclaró el de la Peñuela.

.- Según parece ese hombre se arrepintió de habérmela quitado y le dijo al chico que me la devolviese.

.- Dígales que le suelten, señor Antón, dígaselo. El es bueno, es un santo... - Gorrión miró de frente al ricacho. - Le aseguro que no volveré a tirarle barro, pero dígales que le suelten.

El señor Antón se volvió a los guardias.

.- ¿Puedo pedirles que dejen en libertad a ese hombre? Creo que

ha habido un error. Quizá me equivoqué.

.- Pero él le robó ¿o no?

.- preguntó un guardia.

.- Pensemos que no fue así, sino como dice el chico.

.- Pues si usted retira la denuncia nosotros no tenemos nada que hacer aquí.

Diciendo esto, los dos civiles saludaron y se alejaron.

.- Gracias, señor Antón, gracias

.- gritó alegre Gorrión.

Guromindo se acercó también al de la Peñuela.

.- Le agradezco lo que ha hecho. Yo no merecía tal gesto por parte

suya. - Lo sé. - afirmó Antón

.- pero Gorrión ha sido un buen abogado. Y la verdad es que aún no entiendo ni la mitad de esta historia. Usted lo mejor que puede hacer es marcharse de aquí no vaya a ser que recapacite y piense que he hecho una tontería.

Guromindo bajó la cabeza. Luego se acercó a Gorrión y le revolvio el pelo.

.- Adiós, Gorrión. Te agradezco mucho lo que has hecho por mí.

.- ¿Por qué? Tú cogiste la cartera para demostrar al señor Antón que no se puede ser tan avaro... ¡arrea, se me escapó! Usted perdone... Quiero decir para que aprendiera a ser bueno. Y a mí me probaste también para ver si sabía que lo robado es siempre malo.

El hombre movió la cabeza afirmativamente y acariciándose la barba miró al señor Antón mientras decía:

.- Sí, creo que ha sido una buena lección para todos, una lección para no olvidarla jamás. ¿Verdad señor Antón que hasta los santos tienen que aprender de los ángeles?

.- Se volvió a Gorrión y alzándolo del suelo le dio un abrazo muy fuerte. - Adiós, pequeño, no sé que la vida te tiene reservado, pero hoy has hecho algo muy hermoso. - Le dejó en el suelo y le sonrió. - Adiós otra vez.

.- ¿Vas al cielo?

.- No, aún no. Pero ya sé dónde empieza el camino... y voy a seguirlo. Y haciendo un gesto con la mano san Guromindo se alejó por el camino lleno de sol.

.- Adiós, san Guromindo. - gritó Gorrión con todas sus fuerzas. Vuelve algún día.

San Guromindo era ya una pequeña silueta, una silueta que alzó la mano y se fundió con la luz y el polvo del camino.